

de donde les crecía la esperanza de cogerlo; y por tener grata a esta diosa para que se lo conservase, la festejaban.

CAPÍTULO XIV. *Donde se trata de la festividad que tenía el dios Tezcatlipuca, por otro nombre Titlacahua, la cual le celebraban en el mes quinto, llamado toxcatl*



ESTE MES QUINTO, DE LOS INDIOS NAHUALES, era casi todo festivo, como por este capítulo y el siguiente se verá, y corresponde su primer día a los veinte y cuatro de nuestro abril, y toma de mayo, desde el primero hasta el catorceno que es el último de este mes toxcatl; en los cuales días celebraban fiesta al dios Tezcatlipuca, y era una de cuatro principales que estos gentiles celebraban; y como gran Pascua, y según algunos dicen (en especial el padre Sahagún,¹ en su libro séptimo de el calendario) caía poco antes o después de la nuestra de la resurrección de Cristo nuestro señor. Como que quería el demonio imitarla, en esta celebración, quizá por olvidar y disimular el dolor que su benditísima pasión y muerte le causó y lo mucho que con ella y esta gloriosísima resurrección perdió. Pero séase lo que se fuere, él tenía ordenada por este mes y tiempo esta maldita fiesta y Pascua en su nombre y servicio.

Diez días antes de esta fiesta vestíase uno de sus sátrapas, o sacerdotes, de la librea y vestidos que el ídolo había de sacar en la procesión; y salía del templo con unas flores y rosas en las manos y una flautilla de barro, de un sonido muy agudo; y vuelto a la parte de oriente, la tocaba, y lo mismo hacía vuelto a las otras tres partes de el mundo, conviene a saber, occidente, norte y mediodía, denotando en esto que debían prestar atención todos los hombres del mundo y prepararse para la digna celebración de la fiesta, por la flautilla representada y anunciada. Hecha la señal, con este instrumento, quedábase en silencio; y poniendo el dedo en el suelo tomaba tierra y metíala en la boca y se la comía en señal de humildad y adoración. Lo mismo hacían todos y lloraban fuertemente, postrándose en tierra, invocando a la obscuridad de la noche y al viento (ceremonia propia de gentiles, como leemos haberlo hecho aquella reina de Cartago, en la celebración de su muerte y sacrificio) y rogábanles con ahínco que no los desamparasen ni olvidasen, o que los librasen presto de los trabajos de la vida y los llevasen al lugar del descanso; como si el maldito del demonio pudiera dárselo, siendo verdad que aun para sí no lo tiene.² Luego que sonaba esta flautilla todos los ladrones, fornicarios, homicidas y otros delincuentes y pecadores recibían grandísimo temor y tristeza y algunos se alteraban y cortaban de tal manera que no podían disimular su culpa y pecado. Tanto como todo esto podía el demonio con estos míseros y desventurados indios; y así,

¹ Sahagún lib. 7. Calend.

² Virg. Aen. lib. 4.

todos aquellos diez días que duraba esta preparación, no pedían otra cosa a este dios, sino que fuesen sus delitos ocultos de los ojos y sabiduría de los hombres y perdonados de su misericordia y clemencia; en cuya demanda derramaban muchas lágrimas, con grande dolor y arrepentimiento, ofreciendo juntamente gran cantidad de incienso para aplacar la ira soberana que entendían estar en aquel falso dios. Los valientes y valerosos hombres y todos los soldados viejos que actualmente seguían la milicia, en oyendo la voz y sonido de la flautilla, pedían a este dios, con grandes agonías y ansias, fuerzas y valor para contra sus enemigos y vencimientos en las guerras para volver con victoria de ellas y con muchos cautivos para ofrecerle y sacrificarle. Esta ceremonia de tañer la flauta era ordinaria, por estos diez días, para que todos hiciesen la misma adoración, en reverencia y honor de su falso y fingido dios, haciendo oración, alzando los ojos con suspiros y gemidos, como gente que se dolía de sus culpas y pecados, aunque este dolor de ellos no era sino por la pena corporal que les daban y no por la eterna, por no tener creído que en la otra vida hubiese pena tan estrecha como nos la enseña la fe, que a creerlo, no se ofrecieran tantos de su voluntad a la muerte como se ofrecían con temor de los tormentos que habían de pasar perdurablemente. Aunque también se puede responder, que si ellos creían que eran aquéllos verdaderos dioses que adoraban, que los perdonarían por la penitencia que hacían, aunque en lo uno y en lo otro mentían.

La víspera de esta fiesta venían los señores al templo y traían un vestido nuevo, conforme al del ídolo, el cual le ponían los sacerdotes, quitándole las otras ropas y guardándolas en una caja, con tanta reverencia como nosotros tratamos los ornamentos eclesiásticos, en cuyas arcas o cajas había muchos aderezos, atavíos, joyas, preseas, brazaletes y plumas ricas que no servían de más de hacer valor y riqueza, ofrecida a este dios; todo lo cual adoraban como al mismo dios, que no es de pequeño sentimiento que quisiese dar el demonio adoración a sus sucias y viles ropas, como nosotros los cristianos la damos a todos los instrumentos y cruz de la pasión y muerte de Cristo nuestro señor. Demás del vestido con que le adornaban este día, le ponían particulares insignias de plumas, brazaletes, quitasol y otras cosas, para su mayor adorno. Compuesto de esta suerte, corrían la cortina que estaba a la puerta de la capilla para que fuese visto de todos; y en abriéndola, salía una dignidad de las de aquel templo vestido de la misma librea (como se ha dicho) con rosas en las manos, tocando la flauta dicha, por el estilo y orden que los días pasados de la preparación. Llegando el propio día de la fiesta de este ídolo, juntábase toda la ciudad en el patio del templo para celebrarla, la cual se llamaba como su mes *toxcatl*, que quiere decir cosa seca; la cual fiesta toda se enderezaba a pedir agua del cielo, para los sembrados, como nosotros hacemos las rogaciones; y así concurría siempre esta fiesta con mayo, que casi cogía la mitad de él y es el tiempo donde hay más necesidad de agua, para que las plantas e yerbas, que van tiernas, lleguen a sazón y cosecha.

Comenzaba la fiesta de esta manera. Sacaban sus sacerdotes unas andas

muy aderezadas con cortinas y cendales de diversas maneras. Tenían estas andas tantos asideros cuantos eran los ministros que las habían de llevar, todos los cuales salían embijados y teñidos de negro, con cabelleras largas trenzadas, por la mitad de ellas con unas cintas blancas y con vestiduras semejantes a las del ídolo (como ya se ha dicho); en ellas ponían su imagen y tomándolas en hombros, poníanlas en público, al pie de las gradas. Salían luego los mozos y mozas recogidas de aquel templo, con una sogá gruesa, torcida de sartales de maíz tostado (que llaman izquitl) y rodeaban todas las andas con ella y poníanle una sarta de lo mismo al cuello y una guirnalda en su cabeza; la sogá se llamaba toxcatl, denotando la esterilidad y sequía del tiempo. Salían estos mozos a esta ceremonia vestidos con unas mantas de red muy preciadas y con guirnaldas en sus cabezas y sartales a sus cuellos de el mismo maíz tostado. Las mozas salían vestidas de nuevos atavíos y aderezos, con guirnaldas y sartales de lo mismo, emplumados los pies y los brazos, y mejillas teñidas de color. Sacaban asimismo muchos sartales de este maíz tostado y poníanlos a los principales en la cabeza y cuellos y en las manos ramilletes de lo mismo, que son de grande ingenio y curiosidad. Después de lo dicho tenían muchas pencas y púas de maguey por todo el suelo, para que los que quisiesen derramar sangre por su devoción lo hiciesen y se la sacrificasen al ídolo.

Luego comenzaba una solemne procesión por lo interior y circuito del patio, que para este fin estaba muy aderezado y enramado, y el suelo cubierto de juncia y sembrado de varias y diversas flores; a toda la procesión seguían los ministros, con sus andas en hombros. Iban delante de ellas dos sacerdotes con dos incensarios, los cuales iban incensando al ídolo con continuación y sin intervalo; y cada vez que echaban el incienso o copal, alzaban el brazo todo lo más que podían hacia el ídolo y hacia el sol, pidiéndole subiesen sus peticiones al cielo, como subía aquel humo a lo alto, que es lo mismo que tiene ordenado la iglesia cuando se inciensa el altar al sacrificio de la misa, diciendo: este incienso bendito de ti, suba a ti, señor y decienda sobre nosotros tu misericordia; pero es muy grande y distante la diferencia que hay de las unas palabras a las otras, porque las de la iglesia católica romana, nuestra madre, son guiadas a Dios verdadero, de cuyas manos sale toda bendición, y cuyos oídos divinos oyen las necesidades y aflicciones de los hombres, y cuya misericordia las socorre; pero las de estos gentiles son hechas a dioses sordos y mudos, en cuyas semejanzas y figuras se transforma el demonio para engañarlos, y no tiene poder para hacer cosa buena; y si en estos días parecía que las alcanzaban éstos en sus peticiones, no era porque los demonios podían darlas, sino porque Dios tenía determinados aquellos tiempos para el socorro de aquellas necesidades corporales y acudía a favorecerlas, no por ser hechas a gente idólatra, sino a criaturas formadas de sus manos, como cuando sale el sol dice Cristo, que nace para buenos y para malos, porque a su divina providencia conviene la conservación de todas las cosas, y así como le toca este cuidado, así acude a ello y pone los medios de su conservación.³

³ Math. cap. 5.

Todo el tiempo que duraba el dar vuelta la procesión estaba toda la demás gente queda, en el patio, volviéndose en rueda hacia la parte donde iba el ídolo y andas. Todos tenían en sus manos unas sogas de hilo de maguey, nuevas, y de una braza de largo, algo gruesas y con un nudo en su extremidad y cabo, con las cuales se diciplinaban dándose grandes golpes en las espaldas y magullándose las carnes a manera de la procesión que usamos en los jueves o viernes santos.

Numa Pompilio (según Plutarco) ordenó que, cuando adorasen, todos se tornasen al derredor, haciendo algunas vueltas; lo cual hacían estos indios mientras duraba esta procesión y luego se sentaban (como también lo mandó en su pueblo el mismo Numa), y dice luego Plutarco: éstas y otras cosas enseñaba Numa, sin declarar al vulgo lo que denotaban tales ceremonias, por tener sus ánimos más encendidos con opinión de religión y con admiración de cosas no acostumbradas, como si estuvieran llenas de misterios.⁴ Pero no sería dificultoso dar muchas y diversas declaraciones a estas obscuras sentencias; y comenzando la declaración de andar los hombres al derredor, en el acto de la adoración (dice), sería posible que fuese por imitar la forma y semejanza del círculo del mundo, de donde cada cual se conoce morador; si ya no queremos afirmar que el que adora de esta manera y anda a la redonda, lo hace, porque el hombre es semejante en su mudanza y postura a las ruedas que usan los egipcios, denotando que así como las ruedas no pueden estar firmes ni estables en un lugar, sino que mientras hallan espacio siempre van rodando y mudando de una parte a otra, sin tener firmezas ni lugar seguro, de esa misma manera, no hay cosa entre los hombres que viven en esta vida mortal, que sea perpetua, inmutable, ni que se sepa tener asiento firme, ni permanente, permitiéndolo así la providencia divina y ordenando que nuestra vida esté sujeta a infinitas contrariedades y mudanzas de los tiempos y fortuna, para que por este modo conozcan los hombres su miseria y para que considerando esta mudanza y poca estabilidad de los casos humanos, permanezcan firmes en el uso de la virtud y hagan el corazón ancho, para recibir con ánimo paciente y moderado todo lo que la suprema bondad divina tuviere por bien de enviarles.

Hasta aquí son palabras de Plutarco, el cual (aunque gentil) no dejó de conocer, como muy gran filósofo, ser ésta averiguada y clara verdad; pero será razón que añadamos otra, que parece ser muy propia a la divinidad, y sea ésta: que el andar a la redonda era denotar el círculo de la infinitud de Dios, la cual representaron los antiguos en la hechura y forma de un anillo que no tiene principio ni fin, diciendo el Filósofo⁵ que infinito es aquello que lo tiene todo y no le falta nada, lo cual se verifica en Dios, el cual lo encierra en sí todo, por modo infinito circular; y aunque esta condición fue aplicada de los antiguos gentiles a Dios, erraron en la multiplicación de muchos dioses y por esto, aunque la ceremonia era en sí buena, en cuanto esta representación que hacía, era mala, en ir ordenada en servi-

⁴ Plut. in vita M. Marcell.

⁵ Arist. 3. Phys.

cio de el demonio, al cual no sólo no se debe adoración divina, pero ni aun pensar de él cosa buena, por ser todo lleno de maldad. Y aunque sea verdad que antiguamente quisiese denotar aquesta ceremonia lo dicho, no era lícito, por ser en orden malo y fin errado, aunque muy cierta y propia de Dios, si a él, como a cosa suya, le fuera hecha con conocimiento claro, según el que es necesario y lo ha sido en todas edades y tiempos para conocerlo.

También se puede filosofar, diciendo que ir volviéndose estas gentes hacia la parte que iban las andas e ídolo, era de notar que en las obras de virtud y servicio de Dios no se ha de volver atrás después que una vez se comienzan; y esto dice Cristo nuestro señor, que el que echa mano al arado y mira atrás, no es digno de Dios, ni de sus bienes.⁶ Denotaba también la grande estimación que a la deidad se debe; y que quisiese denotar y significar esto, lo pruebo con la ceremonia que usaban, cuando entraban donde el rey estaba o pasaban por su presencia, que jamás le volvían las espaldas, en demostración de grande reverencia; y si esta ceremonia usaban con los reyes temporales, que sabían que eran mortales y perecederos como ellos, con más respeto entenderían deberse al que creían ser el que los criaba y conservaba en el ser de vida que tenían y que era poderoso para remediarles sus necesidades, por razón de creer que era Dios, aunque mentían por no ser sino falso demonio; y por esta causa iban volviéndose el rostro a la parte que iba dando vuelta con el cuerpo, y azotándose para mayor demostración de aquel acto devoto en que se ocupaba. Acabada la procesión, cesaba la disciplina y subían el ídolo a su lugar, donde le ponían con grande reverencia. Luego salía gran número de gente con ramilletes hechos de mil flores y muy curiosos, y henchían el altar de ellos y toda la pieza y patio, y quedaba todo tan acompañado de estas flores y rosas que parecía un muy compuesto monumento. Estas rosas ponían por sus manos los sacerdotes; y asimismo muchos sartales de este maíz tostado, dando de ellos a los principales y señores y poniéndoselos por guirnaldas en las cabezas, administrándoselas los mancebos que pertenecían al servicio de el mismo templo, y quedábase aquel día descubierta el aposento y cámara, sin echar ni correr el velo y cortina.

Tenían de costumbre estos idólatras (según se lo había enseñado el demonio) que elegían de un año para otro un mancebo que representaba la imagen de este falso dios Tezcatlipoca, al cual llamaban semejanza de Tezcatlipoca. Este mancebo era muy gentil hombre y dispuesto, el más hermoso que hallaban de los cautivos, al cual regalaban y trataban con mucho cuidado por todo el tiempo de el año, y le enseñaban todo primor y suma cortesía en el hablar; tenía los cabellos largos hasta la cinta. Este mancebo andaba por todo el pueblo muy ataviado y galán, con flores y ramilletes en las manos y muy acompañado de personas honradas y gente de la más principal de toda la república. A todos los que topaba saludaba graciosa y cortésmente; y, como todos sabían que era la imagen de Tezcatlipoca, se le postraban y hincaban de rodillas, y le adoraban como si fuera

⁶ Luc. 9. sin.

el falso dios que representaba. Veinte días antes que llegase esta fiesta, dábanle a este mozo cuatro doncellas, hermosas y cortesanas, criadas para sólo este efecto, con las cuales tenía todos estos veinte días acceso y comunicación carnal; y aunque por el discurso de el año andaba con los aderezos que representaban al dios que él fingía, mudábalo estos días que trataba con estas mujeres; y cortábanle los cabellos a manera de capitán y dábanle otros atavíos y vestidos más galanos. Cinco días antes que muriese hacíanle fiesta y banquetes en lugares frescos y deleitosos, en los cuales días le acompañaban con más concurso los señores y principales y casi toda la corte, si no era el rey y señor supremo, que éste, guardando su autoridad, no le acompañaba.

Llegado el día de esta fiesta, llevábanlo al templo y cu de este maldito dios Tezcatlipoca, llamado Tlacuchcalco; y antes de llegar al templo, en otro lugar llamado Tlapitzahuayan, se le apartaban las cuatro mujeres, que aquellos días le habían acompañado y tenido por mujeres; y en llegando al lugar donde había de ser sacrificado, él mismo se subía por las gradas arriba, haciendo posa y parada en cada una y quebrando una de las flautas con que aquellos días había tañido y solazado, y puesto ante las andas del idolo, acompañaba la procesión dicha, la cual concluida le tenían en el templo hasta la hora que era de su sacrificio. Hecha esta procesión, con estas circunstancias y ceremonias, salían todos a ofrecer mantas cendales, joyas, piedras ricas, inciensos, maderos resinosos, manojos de mazorcas de maíz, codornices y, finalmente, otras muchas cosas que en semejantes solemnidades acostumbraban. En las ofrendas de codornices (que eran de los pobres) usaban esta ceremonia, conviene a saber, que se las daban al sacerdote, el cual les arrancaba las cabezas y echaba al pie del altar, donde se desangraban y acababan la vida. Otras ofrendas había de comidas y frutas, según la calidad y posibilidad de cada uno, y estas ofrendas eran de los sacerdotes; y como se suele decir, el pie del altar de que viven y se sustentan, así como en la ley escrita las tenían los del pueblo de Dios y agora en otras limosnas y obvenciones los de este estado evangélico y de gracia; porque tanto como esto los hacía estimar el demonio, para que de su estimación creciese la suya. Estas cosas ofrecidas y dichas alzaban los ministros del templo y se las llevaban como propias y metían en las salas y calpules que tenían de su asistencia y morada. Hecha toda esta ceremonia, íbase toda la gente a los lugares y aposentos de sus alojamientos y quedaba suspensa la fiesta hasta haber comido. A esta hora salían todas las mozas del templo, vestidas con los atavíos ya referidos, y se ocupaban en servir al idolo todo lo que le tenían aderezado y guisado para comer. Esta comida guisaban otras mujeres que habían hecho voto de ocuparse aquel día en hacer la comida del dicho idolo, sirviendo en su ministerio todo aquel día, para lo cual venían todas las que habían hecho voto luego muy de mañana, y ofrecíanse a los mayores y presidentes en aquel acto, y manifestábanles su obligación para que les mandasen lo que habían de hacer y acudían a lo que les era mandado con mucho cuidado y diligencia.

Esta comida, que presentaban al idolo, la sacaban por este orden. Salía

delante de los ministros (que eran las mozas de su templo, que en este convite servían de pajes) un viejo, que era como maestresala y guarda damas, el cual venía vestido con una sobrepelliz blanca, que le llegaba a media pierna, con unos rapacejos a manera de franjón por orla; sobre la sobrepelliz traía un jubón sin mangas, a manera de Sambenito, de cuero colorado; traía por mangas, unas alas, y de ellas pendían unas cintas anchas, y de ellas colgaba una calabaza mediana, echada a las espaldas, toda agujereada e injerta de flores y rosas y llena de diversas cosas de superstición. Iba este viejo, con este adorno, muy humilde y cabizbajo delante de todo el aparato de la comida y, en llegando al pie de las gradas, que era el puesto donde se ponía toda la comida, hacía una profunda reverencia y apartábase a un lado. Luego llegaban las doncellas y pajes con la comida y, poniéndola por orden, hacían una muy profunda y grave inclinación. Puesta en renglera y orden toda, volvía el viejo a guiarlas, al cual seguían por el camino que habían venido hasta los lugares de su recogimiento. Acabadas ellas de entrar salían los mancebos del servicio y ministerio de aquel templo y quitaban aquella comida de allí y metíanla en los aposentos de los sacerdotes y dignidades, que hasta entonces habían ayunado cinco días antes, comiendo sola una vez al día, habiéndose azotado y hecho otras penitencias, y comían de aquella comida, la cual llamaban divina por ser ofrecida al dios que ellos servían. De estos manjares no era lícito comer a ninguno que no fuese sacerdote y ministro del templo, como algunas cosas que se mandaban en la ley antigua, que eran pertenecientes a los ministros del templo.

Acabada esta comida, así de los sacerdotes como de los populares, tornábase a recoger toda la gente, en el patio del templo, a dar fin y conclusión a la celebración de esta fiesta y sacrificio del mancebo, que era semejanza de Tezcatlipoca, que hasta entonces había estado en el templo representando la majestad de aquel dios, cuya imagen era, el cual salía, y por remate de la fiesta, haciéndole todos reverencia, como a la semejanza de su dios. Salían tras él los cinco ministros del sacrificio, y echándolo sobre la piedra, llegaba el summo sacerdote con grande reverencia y abría el pecho y sacaba el corazón y hacía con él la ceremonia acostumbrada. El cuerpo de este sacrificado no lo echaban a rodar, como acostumbraban con los demás, antes lo tomaban en los brazos y con mucha sumisión y reverencia lo bajaban, y en la última grada de las del templo le cortaban la cabeza y ensartaban en la percha que llamaban tzompantli, dedicada a este endemoniado y sucio dios, y el cuerpo guisaban y repartían entre los señores y hacían sus convites, teniendo aquella carne por cosa sagrada y divina. Tras este sacrificio (y como regocijando su buena y feliz conclusión, sin haberse mezclado ningún agüero) salían los mancebos dedicados a Tezcatlipoca y bailaban un muy solemne baile, haciéndoles el son y tañéndoles las dignidades y sacerdotes mayores del templo en un lugar particular y consagrado para este propósito; y todos los señores vestidos de las vestiduras y atavíos que salían los mancebos, bailaban y cantaban juntamente con ellos, haciendo la rueda como en todos sus bailes acostumbran.

Este día no moría de ordinario más que este cautivo, pero de cuatro en cuatro años eran más los que morían, por ser año particular, y como entre nosotros decimos, de jubileo. Hartos ya de bailar, cantar y tañer, comer y beber, que era a puesta de sol y algo más tarde, íbanse aquellas mozas a su retraimiento y tomaban unos grandes platos de barro, y llenos de pan amasado con miel y cubiertos con unos fruteros labrados de calaveras y huesos de muertos cruzados, llevábanselo por colación al ídolo y subían con ella hasta el segundo patio, que estaba antes del oratorio y altar sobre lo alto de las gradas, con las cuales iba delante su maestresala, y puesto con mucha reverencia se bajaban por el mismo orden que habían venido. Salían luego los mancebos todos puestos en orden, con sus cañas en las manos, y arremetían a las gradas del templo, procurando cada cual ser el primero que llegase (como en las contiendas antiguas de los primeros que refiere San Pablo), y con prisa y ligereza arremetían a los platos de la colación, porque de esta carrera esperaban honra y premio.⁷

Las dignidades del templo tenían cuenta y miraban al que llegaba primero, y luego el que era segundo, luego el tercero y el cuarto, y no atendían a más, sin hacer caso de los otros; tomaban la colación y estimábanla por grandes reliquias y como tales las repartían. Hecho esto llegaban las dignidades y tomaban enmedio a los cuatro que habían corrido más, y con mucha honra los metían en los aposentos y calpules, bañábanlos y dábanles muy galanos y ricos aderezos; y de allí adelante los respetaban y honraban como a hombres señalados. Acabada la presa de esta colación (celebrada con mucha grita y risa) dábanles libertad a todas aquellas mozas y doncellas que habían servido al templo e ídolo, y a los mozos les daban licencia para que se fuesen, los cuales todos se iban. Al tiempo que salían estas mozas, que se despedían del servicio del ídolo para casarse y no volver más a él, estaban todos los muchachos de los colegios, calpules y escuelas a las puertas del patio; todos con pelotas de juncia e yerbas en las manos, y con ellas las apedreaban, burlando y escarneciendo de ellas, como de gente que se iba del servicio del ídolo y dios a padecer trabajos y desventuras en el estado del matrimonio y vida secular, para lo cual llevaban licencia, y con esto se daba fin a la fiesta y se acababa el día.

⁷ Ad Thimt. 2, 2.